

EL EMBROLLO ARGELINO

El general De Gaulle intenta encontrar un fin honorable a la revuelta argelina. Es una tarea, si no sobrehumana, por lo menos muy difícil, pues las intervenciones de ciertas potencias y las amenazas de intervención de las otras la hacen día tras día más compleja. Ahora bien, el general ha sido llamado por los franceses para poner fin a esta guerra sin fin. El ha aceptado esta labor. Ha ensayado sucesivamente varias políticas para encontrar un arreglo. Todas han fracasado. La revuelta continúa. Los franceses se impacientan y sus aliados también. En suma, el Presidente de la República Francesa se encuentra en la situación de un ilusionista famoso, que habiendo anunciado al público que después de haber puesto un pañuelo en una chistera sacará un conejo, sólo saca el pañuelo que había colocado. No tiene más remedio que recomenzar su juego, no sin temor de perder su reputación si falla de nuevo.

El Presidente de la República, un año después de su llegada al Poder, ha sentido que alguna cosa vacilaba en su régimen. La casi unanimidad de 1958 (toda Francia, menos los «separatistas» comunistas, detrás de Charles de Gaulle) aparecía fuertemente quebrantada.

Esta desagregación debía producirse pronto o tarde. La unidad realizada en 1958 era, en efecto, ficticia. Los europeos de Argelia, los jefes del Ejército de Africa, la derecha nacionalista francesa, habían apelado al antiguo jefe de la Francia libre; contando sobre su inflexibilidad para resistir a las presiones del exterior que se habían manifestado en 1958, después de los graves incidentes de la frontera argelino-tunecina. Pensaban que este soldado apasionado por la grandeza conduciría la guerra en Argelia, haría callar a los derrotistas, cubriría la acción del Ejército y crearía el ambiente necesario para la victoria. Una buena parte de la izquierda, que se había adherido al general para impedir que los paracaidistas del general Massu dictasen su ley a un Parlamento aterrorizado, esperaban que el general,

que antaño había impuesto la democracia a los generales de derecha del estilo Giraud, y que había expuesto el programa de emancipación colonial de Brazzaville, podía ser el hombre de la paz con el F. L. N. Un escritor bereber de cultura francesa y religión católica, Jean Amrouche, exponía que De Gaulle debía ser considerado por los argelinos como el único hombre capaz de colmar sus aspiraciones. ¿Cómo hubiera podido un hombre de Estado satisfacer a la vez unas aspiraciones tan contradictorias? El tiempo debía forzosamente conducir al general De Gaulle a decepcionar a una de las alas de su mayoría. Hecho curioso: fué contra los activistas y los militares que le habían llevado al Elíseo contra quienes se pronunció.

Los vencedores de la revolución de Argel esperaban que el general De Gaulle iba a proclamar la integración que ellos reclamaban siguiendo a Jacques Soustelle. Pero el general comenzó por manifestar reticencias a este respecto. Dijo que los musulmanes eran en lo sucesivo «franceses en parte entera». Habló en su discurso de Mostaganem de «Argelia francesa». Pero no fué más lejos, y su legislación sólo tradujo parcialmente su pensamiento (si tenía verdaderamente este pensamiento). A los franceses de Argelia que se inquietaban, los admiradores del general les respondían que De Gaulle no quería hacer ver que se le dictaba su conducta. Los franceses argelinos, en ocasión de su primera visita oficial, habían lastimado su orgullo al recibir muy mal a algunos de sus ministros. El jefe del Gobierno francés, que es puntilloso cuando están en juego su prestigio, o el de Francia y el Estado francés, que él confunde voluntariamente, trataba de mostrar que no era el hombre de una facción, sino el jefe nacional. Sin embargo, los oficiosos tranquilizaban a las gentes de Argelia diciendo que aunque no pronunciaba la integración, el general De Gaulle la hacía.

Esto era añadir un segundo equívoco al primero. De hecho, el general tomaba realmente medidas que daban a los musulmanes la igualdad con los franceses, e incluso les daba a veces privilegios para su admisión en la Administración. Pero la integración no venía. Y la paz tampoco, porque el F. L. N. continuaba la guerra y los atentados. El prestigio del general no le impresionaba. ¿Fué su resistencia lo que condujo al Presidente de la República a modificar su política? ¿Esperaba simplemente que llegase el tiempo de reconciliar a las dos comunidades enemigas, haciendo concesiones a los musulmanes, con el fin de sustraer la masa de los neutros a la tentación de seguir al F. L. N.? Los biógrafos del general De Gaulle discutirán algún día sobre esto. Lo cierto es que el discurso, donde ofreció a los rebeldes la paz de los bravos, puso fin a las ilusiones de los europeos

de Argelia. Estos descubrieron que habían llevado al Gobierno un enemigo; pero ellos le habían dado unos poderes tales que no podían derribarle como a un simple presidente del Consejo de la IV República. Desde entonces, sólo les quedaba lanzarse a intentar la aventura para tratar de salvar esta Argelia francesa que el general De Gaulle llamaba irónicamente «la Argelia de papá». La desgracia para los hombres del 13 de mayo quiso, en efecto, que los engranajes del Estado estuviesen todos sólidamente en manos del jefe del Estado francés. El único camino que les quedaba abierto era el de la revuelta. Pero la rebelión no podía tener éxito más que si el Ejército se ponía a su lado, como cuando el asalto victorioso contra la IV República. Ahora bien, el Ejército comprendía unidades de choque, que sus combates contra los hombres del F.L.N. habían podido unir a los franceses de Argelia contra la idea de tratar con los degolladores de Melusa y los terroristas de las ciudades. Pero también contaba con muchos más muchachos que hacían sin gusto un servicio militar de más de dos años, que exponían sin alegría sus vidas para defender los privilegios de los franceses de Africa, y encontraban muy bien que el Gobierno de París intentase hacer la paz lo más pronto posible. Contar con los hombres del contingente para lanzarse a la disidencia era singularmente arriesgado. Evidentemente, los soldados profesionales y los movilizados estaban encuadrados por oficiales y mandados por generales a los cuales correspondía la última palabra. Pero estos generales eran frecuentemente hombres que habían ganado sus estrellas en el pequeño ejército gaullista de 1940. Podían desaprobar las tendencias de la política de su antiguo jefe, pero les era penoso sublevarse contra él; sobre todo si se decía que la opinión pública le sostenía.

Si el estado de espíritu del 13 de mayo, que había unido a franceses y musulmanes sobre el Forum de Argel, hubiese durado (aún a condición de que ese beso Lamourette sólo hubiese sido una bella «mise en scène»), franceses de Argelia y musulmanes hubiesen podido hacer presión sobre el Ejército. Pero a medida que el Gobierno de París hacía relumbrar a los ojos de los musulmanes las perspectivas de una amplia autonomía, éstos se apartaban de los colonos, cuyas protestas les parecían manifestaciones de hostilidad respecto a ellos. Los colonos permanecían aislados; los oficiales que podían sentirse tentados a sostenerles debían darse cuenta del hecho de que su inferioridad numérica era demasiado grande para que pudieran ponerse a su lado con alguna probabilidad de éxito. Así se explican las ambigüedades de la revuelta de Argel en enero de 1959. Las gentes del 13 de mayo quisieron arrastrar al Ejército, tomando las armas según un estilo

romántico puro, pero más espectacular que eficaz. El Ejército titubeó un poco, pero no siguió a los hombres de las barricadas. Desde entonces, la partida estaba perdida para éstos. Pero la emoción que provocaron en la metrópoli sirvió al general De Gaulle. Fuerte con el apoyo de los franceses metropolitanos, éste depuró el Ejército de Africa, poniendo a su cabeza a hombres seguros y acelerando su política musulmana. Apenas algunos meses después del asunto de las barricadas, el general De Gaulle podía hacer recibir oficialmente en Melun por sus funcionarios a los delegados del F. L. N. en vista de negociar la suspensión de acciones armadas que, según su espíritu, condicionaba la consulta del pueblo argelino.

Los cálculos del general De Gaulle.

Jacques Soustelle, que después de haber sido uno de los principales lugartenientes del jefe de la Francia libre, ha llegado a ser uno de sus adversarios más declarados, ha puesto un maligno placer en hacer oír a los franceses los discos que registraron los primeros discursos del general en Argelia en 1958. El jefe del Estado francés hablaba entonces de Argelia francesa, y aunque ofrecía el amán a los combatientes del «maquis», no dejaba de aplastar con su desdén a los dirigentes del F. L. N., diciendo que llevaban la lucha desde sus confortables residencias de Egipto o de Túnez, sin arriesgar nada, y con los cuales rehusaba toda transacción. Acaso pensaba Soutelle (como el mariscal Pétain) que los franceses tienen la memoria corta y que es bueno refrescarles los recuerdos de vez en cuando; a menos que no se sirviese sencillamente de un procedimiento de polémica muy usado en las campañas electorales, y que consiste en hacer la prueba por los textos de las palinodias del adversario. En todo caso, la mudanza y vuelta de cara del Presidente de la República francesa en 1960, contradicen a veces completamente las declaraciones de 1958. Es verdad que si un exégeta extendiese sus investigaciones más allá de la cuestión argelina y exhumase ciertos discursos de guerra del general sobre la lucha externa de los germanos y los celtas a través de la Historia, mostraría contradicciones aún más tajantes entre su doctrina de aquel tiempo y la que profesa en nuestra época de amistad franco-alemana. Se puede preguntar ante tales hechos si la reputación de hombre inflexible del jefe del Estado francés no es forzada; si en realidad detrás de una envoltura de hombre de bronce no hay en De Gaulle un político muy astuto que sabe pasar de manera muy dúctil desde una posición a otra sin sujetarse a cuestiones de doctrina. Cier-

tamente el general De Gaulle puede responder a Soustelle que las circunstancias han cambiado, que debe tener en cuenta múltiples factores de carácter nacional e internacional, que renuncia a una política imposible para adoptar otra más viable... Toda la cuestión está en saber si esta política (por lo menos la oficial: aquella de la «Argelia argelina», pero aún unida a Francia y no dominada por el F. L. N.) tiene más posibilidades de éxito que la de Argelia francesa en 1958.

El Presidente de la República Francesa ha hablado mucho a propósito de Argelia. Pero sus mismos amigos admiten que sus intenciones no han eido jamás expresadas muy claramente. Como este hombre ha mostrado en sus Memorias que sabe muy bien expresarse cuando quiere, se está obligado a creer que no tenía la intención de desvelar su pensamiento demasiado pronto, o que todavía no había pensado bien dicho pensamiento. Sólo a partir del momento en que los «ultras» entraron en lucha con él, fué cuando su política pareció tomar contornos más precisos; como si se hubiese endurecido frente a estos adversarios irrespetuosos, o acaso en función de ellos.

En 1958 el general creía (al menos así lo decía) que los musulmanes de Argelia podían ser franceses como los corsos, los bretones o los alsacianos, que a pesar de sus características diferentes de la masa francesa se han fundido en ella. Dos años después, él considera que es una quimera. Piensa que los indígenas argelinos (esos árabo-bereberes de religión musulmana) no son franceses. Hay que renunciar, por tanto, a una política de asimilación que después de ciento treinta años de dominación francesa provoca una oposición desesperada y vuelve a llevar a los franceses a la época de Abdolkader (aunque sin Bugeaud).

¿Para reemplazarla con qué? Parece que el general De Gaulle, tomando como punto de partida la experiencia que había tenido éxito en la mayor parte de las antiguas colonias francesas de Africa negra, quería seguir la misma línea en Argelia. En Africa negra, la V República ha dado la libertad a todos los países que aún controlaba. Pero, salvo Guinea, que se ha alineado en el campo anticolonialista, los nuevos Estados han guardado lazos estrechos con Francia. En el curso de las discusiones en la Asamblea de la O. N. U., sus representantes han sostenido las tesis francesas y han contribuido al fracaso (al menos temporal) de la ofensiva afroasiática, a riesgo de hacerse tratar de lacayos del colonialismo francés por sus colegas de las ex colonias europeas. Esta actitud correspondía a lo que esperaba el Presidente de la V República. Así éste se dijo que la receta que había tenido éxito en Dakar y Bamayo podía tenerlo en Argel. Bastaba con poder des-

prender de la masa amorfa que asistía pasivamente al duelo del Ejército francés y los guerrilleros árabo-bereberes un grupo de hombres decididos a desempeñar el papel que los señores Tsiranana, Senghor y Houphouët Boigny desempeñan en otras partes. Si Francia hiciese a la población pasiva el magnífico regalo de la independencia, y a los futuros dirigentes de Argelia independiente y asociada el de la dirección de su país, ¿cómo no encontraría los concursos que buscaba?

Este razonamiento no era malo en sí mismo. Solamente tenía el grave defecto de no estimar a la vez la fuerza de resistencia del F. L. N. y el de desconocer la mentalidad indígena. Los nueve millones de musulmanes argelinos no son, evidentemente, unánimes en su apoyo al F. L. N. Las gentes de las ciudades, sobre todos los jóvenes, siguen las consignas del partido de la independencia. Pero hay otros (especialmente entre los hombres maduros y los antiguos combatientes) que tienen, o tenían, lazos efectivos con Francia. Las asambleas políticas, la Administración y el Ejército contaban con muchos musulmanes que por el juego de los intereses estaban inclinados a desear el mantenimiento del régimen francés. Que un cierto número de estos hombres, amenazados en su vida y en sus bienes, hayan permanecido en su puesto al comienzo de la insurrección, muestra que la colaboración franco-musulmana no era una simple palabra. Pero a medida que la insurrección se extendía, muchas de estas fidelidades se tambaleaban. Ejemplos como el asesinato de Ali Chekkal en el estadio de Colombes y el del senador Benabiles de Vichy producían sus efectos. Prudentemente, los miembros musulmanes de la Asamblea argelina se habían retirado sobre un Avestino propicio a la prudencia durante la agonía de la IV República. Sin embargo, cuando el 13 de mayo hizo dueños de la calle en Argelia al Ejército y los europeos, y después llegó al Poder el hombre que encarnaba la inflexibilidad del nacionalismo francés, numerosos musulmanes salieron de su reserva. Si hubiera sido imprudente tomar demasiado en serio los abrazos del Forum de Argel, y la enorme bufonería del desvelamiento de las mujeres musulmanas, imaginada por no se sabe qué oficial de los servicios de la guerra psicológica, no se debería tampoco pecar por exceso de escepticismo. Ciertos musulmanes argelinos de las jornadas de mayo de 1958 se adherían sencillamente a los más fuertes. Volaban al socorro de la victoria, sea de buen grado sea bajo la presión de los militares. Hubieran permanecido fieles a los vencedores si los franceses no les hubiesen dado el espectáculo de los titubeos, de las reticencias, y finalmente, de retiradas

más o menos preparadas de antemano frente a la intransigencia de los jefes del F. L. N.

Para muchos musulmanes, las llamadas a la razón, las ofertas de perdón, «la paz de los bravos», después la Argelia argelina, traducían el reconocimiento por los mismos franceses de su impotencia para abatir el F. L. N. Los pocos millares de Combatientes de la Fe que dominaban las montañas llenas de bosques de Kabilia, los barrancos del Uarsenis, desgastaban la combatividad de la nación francesa. Que ellos aguantasen algún tiempo aún y Francia abandonaría su última colonia. ¿No había cedido ante los guerrilleros del Tonkín y de Túnez, y ante las manifestaciones de masas de los marroquíes? ¿Por qué tendría más valor en Argelia? Así todo paso hacia atrás del Gobierno francés traía un endurecimiento de las convicciones de los partidarios de la insurrección argelina, y una razón de dudar para los musulmanes fieles a Francia. Imagínese el desconcierto de estos últimos ante los traslados sucesivos de un Salan, de un Massu y finalmente ante la apertura de las negociaciones de Melun. Los franceses les abandonaban. Los franceses les traicionaban. La terrible foto del Glauí, el amigo de Francia, prosternado ante Mohammed V para pedirle el amán, el recuerdo de los caídos francófilos matados en Fez cuando iban a prestar homenaje al Sultán, debían inspirarles un justo temor y la resolución de salirse fuera del juego si esto era aún posible.

En cuanto a aquellos que habían querido permanecer espectadores del drama y que veían las tesis de los nacionalistas argelinos infiltrarse progresivamente en la doctrina del Gobierno de París y llegar a ser verdades oficiales, sacaban la conclusión de que sin el F. L. N. y sus combatientes Argelia habría permanecido como era en noviembre de 1954. Si el F. L. N. imponía su voluntad a los franceses más armados que sus soldados, ¿cómo no lo haría con los gobernantes de una República argelina, comprometidos a los ojos de los musulmanes por el solo hecho de que estarían en el Gobierno gracias a Francia?

A medida que la política de Argelia argelina se esbozaba, el espíritu de las masas musulmanas evolucionaba más hacia el F. L. N. Lejos de contribuir por sus concesiones a formar un tercer partido musulmán, el general De Gaulle empujaba a los tibios y los prudentes hacia el F. L. N., mientras que los francófilos, como el Bach-aga Buallem, se aliaban con la oposición francesa. Este resultado lo anunciaban a porfía los concededores de los problemas argelinos. Los general del Ejército de Africa, los altos funcionarios del Gobierno general de Argelia, los «élus» más moderados de la población

argelina, señalaban que la «Argelia argelina» significaría para los árabes la independencia completa y la toma del Poder por el F. L. N. Vanas palabras. El general De Gaulle aplicaba sus ideas con un rigor inflexible. El era el jefe. El había tomado su decisión. Esta debía ser ejecutada hacia todos y contra todos. No es bajo su reinado cuando los altos funcionarios coloniales podrían obrar a su capricho, como se quejaba melancólicamente bajo la IV República el ministro Robert Schuman. El general De Gaulle ha tenido el gran mérito de restablecer la jerarquía en Francia y de imponer a sus conciudadanos el sentido del Estado. El ordena y se le obedece. En estas condiciones la desgracia consiste en que nadie puede detener la máquina del Estado si su mecánico la dirige en un mal sentido. La cuestión está en saber quién se engaña en Argelia (naturalmente, desde el punto de vista francés): si el general De Gaulle o los expertos en cuestiones africanas.

Ante estas resistencias, el general De Gaulle ha querido reforzar su autoridad apelando al sufragio universal. Así se ha decidido a consultar al pueblo francés (del cual forman aún parte los argelinos) sobre la oportunidad de dejar a estos argelinos decidir ellos mismos de su suerte. Nada hay más democrático en sí. Si el pueblo es soberano, al pueblo corresponde decidir de una cuestión decisiva para su porvenir. Desde que fueron proclamados los grandes principios de la Revolución francesa, los hombres políticos de París hablan del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Sin embargo, hasta ahora (salvo quizá bajo Napoleón III, al cual se ha tachado tan frecuentemente de espíritu quimérico y dulce soñador), la política exterior de los regímenes franceses que se han sucedido desde 1792 no lo tenían demasiado en cuenta. Ciertamente, el principio de las nacionalidades era evocado con mucha emoción después de 1871 para condenar la anexión de Alsacia-Lorena por Alemania. Pero al mismo tiempo los hombres de Estado oportunistas o radicales extendían el imperio francés sobre pueblos lejanos, usando mucho más de la fuerza persuasiva de los cañones y los fusiles que de las consultas populares. Entonces se hacía una prudente distinción entre los pueblos de un alto grado de cultura (como los de Europa que debían regirse según los principios de 1779 y el Memorial de Santa Elena), y los pueblos primitivos que se podían conquistar y regir sin remordimientos.

En mayo de 1945 el general Charles de Gaulle y sus colaboradores Georges Bidault y Maurice Thorez no soñaban en organizar un referéndum en Kabília para apaciguar a los rebeldes, sino que aplastaban a éstos bajo las

bombas. ¿El general De Gaulle se ha convertido más tarde a la democracia directa después de haber recogido las enormes mayorías de 1958? ¿Ha visto en la consulta popular el medio de salir del callejón de la guerra argelina? Así se podría creer. La población argelina musulmana es más numerosa en el campo, en el «bled», que en las ciudades. Ahora bien, estos rurales son aún manejables por la Administración y el Ejército. Los periodistas demócratas franceses se han indignado porque bajo la IV República algunos caídes, después de haber practicado la elección oficial a la manera de los prefectos del Imperio, habían encontrado más cómodo poner ellos mismos directamente en las urnas los boletines de voto con el nombre del candidato de la Administración para evitar a sus administrados el trabajo de molestar. Los escépticos podrían responderles que esto es lo que se gana con implantar medios de gobierno en ambientes que no están preparados. Los teorizantes de la democracia universal que creen resolver todos los problemas actuales con la ayuda de elecciones libres y leales, recuerdan al buen doctor Sangrado de «Gil Blas», que cuidaba a todos sus clientes (cualquiera que fuese su enfermedad) por medio de agua hervida y de sangrías; por lo cual un buen número moría. Pero los viejos expertos de la Administración, menos convencidos de las luces de sus «fellahs», habían encontrado el medio de rendir a la democracia electoral el culto que le es debido a nuestra época, sin aportar perturbaciones en sus circunscripciones. Sus métodos eran tan cómodos que fueron tranquilamente repetidos cuando el referéndum de 1958. Los indígenas que los militares iban a recoger en masa en sus aduanares y que llevaban en camiones hacia la oficina electoral, eran dulcemente aleccionados antes de entrar en el aislador. Se me ha contado que les explicaban que de los dos boletines que se les daba, el blanco (que significaba «sí») debía ser puesto en la urna, y el violeta debía ser mostrado al jefe del camión bajo pena de ser dejado en el camino. Estos trucos (que pueden hacer sonreír o escandalizar, según el respeto que se experimente por el principio electivo) y el indiscutible prestigio del general De Gaulle cerca de los argelinos, debían permitir una consulta popular victoriosa para las tesis francesas, fuesen cuales fuesen. La «Argelia francesa» hubiera sido aprobada en 1958. La Argelia argelina, estrechamente unida a Francia, lo sería en 1961. El todo estaba en bien controlar el «bled». En cuanto a las grandes ciudades, su mayoría europea les permitiría pronunciarse por Francia...

Partiendo de estos datos, el jefe del Estado francés podía pensar que la convocatoria a los electores arregaría todo. Si los argelinos decidieran

su suerte siguiendo los ritos democráticos, el F.L.N. no aparecería más que como una organización extremista (el contrapeso de los «ultras») que sus simpatizantes extranjeros abandonarían a su suerte. Privada de sus sostenes, esta organización se marchitaría y desaparecería de una manera u otra.

De hecho, la proposición de referéndum apuró a los jefes del Gobierno provisional argelino. El general les proponía concertar una tregua para permitir a la consulta popular desarrollarse normalmente. De antemano aceptaba el veredicto de los argelinos. Si éstos querían ser libres, él se comprometía a darles la independencia, como lo había hecho en Guinea. De este modo, si Ferhat Abbas rehusaba esta oferta, aparecería como un díscolo ante la opinión mundial. Si aceptaba, y el referéndum daba la mayoría a los franceses, su movimiento estaba perdido, pues había grandes probabilidades de que la mayoría del «bled» fuese al partido que controlase las urnas. La parada que el F.L.N. hizo a esta maniobra era previsible. Ferhat Abbas aceptó el principio del referéndum; pero al mismo tiempo pidió que se desarrollase bajo la vigilancia de la O. N. U. después de la retirada del Ejército francés. Esto era colocar a París en una posición difícil. El repliegue de los franceses constituiría un acto de abdicación, tan flagrante, al mismo tiempo, que una victoria tan deslumbrante para los partidarios de la independencia argelina, que la masa árabe se agregaría a ellos. Ferhat Abbas y el general De Gaulle estaban, en suma—y están—de acuerdo sobre el hecho de que un pueblo argelino, diferente del pueblo francés, y habiendo resistido durante más de un siglo a la asimilación francesa, tiene el derecho de decidir su suerte. Solamente difieren sobre las modalidades de la consulta, pues cada uno quiere que se proceda a la votación en las condiciones más favorables a su causa.

La resistencia argelina y la fatiga francesa.

Después de la ruptura que siguió casi inmediatamente a la toma de contacto en Melun de los delegados del Gobierno francés y del Gobierno provisional de la República argelina, la guerra continuó. Una guerra sin frente y sin batalla, hecha de escaramuzas, de golpes de mano, de atentados, y más aún de discursos y maniobras de propaganda. El Gobierno provisional de la República argelina, instalado en Túnez, fuera del alcance de los franceses, tenía la soltura de poder obrar cerca de las cancillerías y en la O. N. U. Incluso no podía hacer más que eso, pues sus fuerzas mili-

tares eran bien incapaces de conseguir un éxito comparable a Dien Bien Phu. A pesar del apoyo que le daban las naciones de Asia y de Africa y el bloque comunista, no conseguía obtener en la O. N. U. la mayoría legal para hacer condenar al colonialismo francés. Le faltaba amenazar, declarándose pronto a pactar con China y Rusia y a acoger sus voluntarios. Se preveía en Túnez que el argumento aturdiría a los norteamericanos y los conduciría a hacer una presión muy enérgica sobre París para obtener un arreglo, costase lo que costase. Fué por eso por lo que varias misiones del G. P. R. A. se dirigieron con gran pompa a Moscú y a Pekín. La maniobra tuvo éxito, todos los diarios del mundo occidental proclamaron a voz en grito que los chinos iban a llegar a Túnez y lanzarse al asalto de la línea Morige. Los autores de estas informaciones sensacionales no se preguntaban cómo iban a hacer el viaje las divisiones chinas. Les parecía natural que China, que no puede, por falta de Marina, lanzar sus regimientos al asalto de las islas Quemoy y Matsu, las enviara en el Mogreb en la cara de la flota francesa. Pero el efecto buscado había sido alcanzado. Hacía falta evitar la chinización de Argelia, y con este objeto tratar de prisa. Los miembros de la O. T. A. N., que no tienen ningún deseo de batirse para que Argelia quede en poder de Francia, lo dijeron más o menos discretamente en París. La opinión pública francesa se deprimió un poco más ante el pensamiento de que los jóvenes franceses tendrían que librar varias batallas contra los feroces soldados de Chu en Lai.

El general De Gaulle no ha dicho si consideraba como seria la eventualidad de la intervención maciza de los chinos rojos (aunque la intervención de instructores expertos en guerra revolucionaria era otra cosa más seria). Su decisión de acelerar el ritmo del deslizamiento hacia la independencia argelina coincidió, en todo caso, con la aproximación espectacular de sus adversarios de Argelia y del bloque comunista. También con la elección para la Presidencia de la República de los Estados Unidos del señor Kennedy, que en otro tiempo había manifestado en voz alta ante el Senado de Washington su desaprobación de la política colonial francesa. Los historiadores del porvenir tendrán, sin duda, en las manos los documentos que mostraron hasta qué punto el Presidente de la República francesa tuvo en cuenta estos datos para precipitar el ritmo de su política. Nosotros tenemos que contentarnos con notar esta coincidencia.

Las batallas de diciembre.

Antes de tomar una decisión definitiva, el general De Gaulle quiso dirigirse sobre el terreno para examinar la situación y entrevistarse con los responsables del Ejército y la Administración. Es dudoso que en aquel momento se haya hecho grandes ilusiones sobre su popularidad en el país. La prueba la ha dado el itinerario que había escogido. El Presidente de la V República evitaba deliberadamente todas las grandes ciudades, donde la mayoría es europea. Se contentó con dirigirse a pequeñas ciudades, donde la vigilancia de la población es relativamente fácil, y donde siendo la mayoría netamente musulmana, no había que temer la acción de los «ultras». Estas precauciones, sobre las cuales los acontecimientos han mostrado la legitimidad, no tenían precedentes en la historia de Argelia francesa. Los jefes del Estado que habían recorrido el Estado habían podido ser discutidos, como Napoleón III o Millerand, o gozar de una gran popularidad, como Doumergue. Todos habían recibido por todas partes donde fueron ovaciones entusiastas tanto de los europeos como de los musulmanes. Ninguno tuvo que tomar infinitas precauciones y huir de las muchedumbres. Que el general De Gaulle, campeón de la grandeza francesa, haya sido reducido a esta actitud poco gloriosa, muestra mejor que cualquier disertación la caída brutal de su prestigio desde 1958 en Argelia, y la del mismo Estado francés.

El viaje del general De Gaulle debía poner en evidencia algunos hechos aún más desagradables. Los europeos de Argelia (como se esperaba) manifestaron violentamente sus sentimientos, muy irrespectuosos, respecto al Presidente de la República. Huelgas y escaramuzas con la policía se sucedieron, demostrando que el espíritu de las jornadas de enero de 1960 continuaba animando la población latina de las ciudades. Aparecía visible también que la ausencia de sus jefes, detenidos desde el último enero, no había quebrantado la oposición de las gentes que se ha llamado impropriamente, a remolque de la Prensa gubernamental francesa, los «ultras» (¿ultras qué?), queriendo poner una etiqueta de extremistas de derecha sobre las gentes modestas de Bab el Ued y de Belcourt, barrios que representan un poco en Argel lo que son Tetuán y Vallecas en Madrid. Entre ellos y el Gobierno francés el divorcio era irremediable.

El hecho nuevo vino de la población musulmana de las ciudades. Hasta entonces, y hasta en la época trágica en que el general Massu y sus paracaidistas tuvieron que intervenir para emprender la «batalla de Argel»,

Las masas musulmanas habían permanecido en apariencia pasivas. Algunos comandos habían podido colocar bombas y soltar ráfagas de ametralladora. La Casbah les ofrecía abrigos. Una inmensa complicidad les cubría. Pero el grueso de los musulmanes no parecían intervenir en la lucha. Incluso cuando las jornadas de las barricadas, los musulmanes habían permanecido siendo espectadores, como si los choques entre los clanes franceses no les interesasen. Esta actitud la observaron también durante las primeras jornadas del viaje del Presidente de la República francesa. Después pasaron bruscamente a la acción. En los barrios árabes de Argel y Orán se formaron cortejos, que llevando a la cabeza banderas del F. L. N. descendieron hacia los barrios europeos, aclamando al principio a De Gaulle, y poco después aclamando las consignas del F. L. N. y el nombre de Ferhat Abbas, mientras que las mujeres árabes lanzaban sus «yu-yu» estridentes. Era poco más o menos el mismo espectáculo que el de las ciudades marroquíes cuando el fatal viaje a Marruecos del residente general Grandval. Como entonces, la Policía y la tropa, para restablecer el orden, tiraron e hicieron caer a varios manifestantes. La causa del F. L. N. contaba así con nuevos mártires; y los profetas de la desgracia podían anunciar que el desenlace del drama sería en Argelia el mismo que en Marruecos. Francia acabaría por marcharse de un país donde sus representantes eran a la vez silbados por los colonos y los indígenas.

Que en el momento en que se mataban en Argel y Orán, el general De Gaulle hablase en la antigua provincia de Constantina del porvenir risueño de la Argelia que las dos comunidades iban a edificar en la fraternidad, muestra cómo el lenguaje del Presidente estaba alejado de sus oyentes. De hecho, al menos allí, donde podían manifestar sus sentimientos, las dos poblaciones aparecían irremediabilmente divididas. En Argel, antes de la intervención del Ejército, los musulmanes habían degollado algunos europeos, y por su parte, los europeos habían vaciado sobre ellos los cargadores de sus revólveres. Extraña manera de preparar la Argelia fraternal.

La propaganda oficial trató de salir de este mal paso, explicando que sólo se trataba de manifestaciones de excitados y agitadores, de una minoría ruidosa frente a la mayoría de las gentes pacíficas. Pero no era menos cierto que la aparición de cortejos de manifestantes musulmanes frente a las bandas europeas constituía un signo de la deterioración progresiva de la situación. Cuando las autoridades de Argel anunciaban que dominaban dicha situación, se producía el derrumbamiento de toda la obra de pacificación realizada por Massu y sus paracaidistas.

A los periodistas oficiosos de París que tomaban frente a este hecho un aire desolado y explicaban la contraofensiva musulmana como una reacción legítima frente a las provocaciones de los «ultras», éstos respondían que la acción de ciertos oficiales de asuntos indígenas y el celo de algunos funcionarios había podido poner en convulsión a las gentes de la calle. Esas explicaciones, que contenían acaso una parte de verdad, no disimulaban, sin embargo, el hecho crucial de que el F. L. N. tenía todavía su organización en las grandes ciudades y la ponía en movimiento cuando quería. Si el viaje del general De Gaulle no hubiese acaparado la atención, se habría podido recordar que la O. N. U. estaba a punto de discutir el problema argelino y que los intérpretes del G. P. R. A. en la tribuna de esta organización tenían interés en que algunas representaciones aparatosas demostrasen que la población musulmana se alzaba contra la dominación francesa. ¿Hubiesen tenido lugar estas manifestaciones si el general De Gaulle no hubiese emprendido su «tournée» argelina? Así se piensa. O acaso hubieran tenido menos amplitud en un ambiente menos apasionado.

Parece ser que los grandes administradores y los generales de Argelia habían señalado a su jefe supremo la inoportunidad de su desplazamiento a Africa. El general De Gaulle no les escuchó. La orden no fué modificada. Sin embargo, el general pudo encontrar en este caos un elemento de satisfacción. El Ejército, cuyos mandos había revuelto tantas veces, observó una disciplina satisfactoria. Ciertamente los soldados habían reaccionado más violentamente contra los manifestantes musulmanes que contra los civiles europeos; y así había parecido ser cierta la discriminación entre las dos comunidades. Pero acaso era porque las manifestaciones de la Casbah y del suburbio Víctor Hugo en Argel y del «Village nègre» en Orán se acompañaban con violencias. En todo caso, los militares franceses no observaron en diciembre de 1960 la actitud ambigua que habían tenido once meses antes. Si el Ejército volvía a ser la «grande muette», si volvía a ser fiel a esta obediencia pasiva que prescribe la disciplina militar (y que Víctor Hugo marcaba con fuego en sus «Castigos»), los europeos de Argelia y sus aliados de la metrópoli no eran más que una minoría turbulenta, pero inofensiva, frente al Estado. El referéndum podía hacerse.

El referéndum del 8 de enero.

Efectivamente, desde su retorno a Francia, el general De Gaulle organizó la consulta popular, como si en vísperas de tomar una decisión crucial

tratase de asegurarse la aprobación del pueblo soberano. En el curso del extraño proceso de las barricadas, los jefes del movimiento de Argel fueron amablemente puestos en libertad provisional en el momento del juicio (sin que se sepa bien si fué porque los jueces militares querían manifestar su desaprobación a la política argelina del jefe del Estado o si éste volvía a la táctica que condujo al exilio y el hundimiento de Boulanger), dió a estos opositores molestos la ocasión de huir y desacreditarse. Georges Bidault informa que el Presidente de la República había dicho a uno de los jefes de partido que había llamado a consulta «Dentro de un año Argelia será independiente.» Como los servicios de la Presidencia de la República no han desmentido esta afirmación, se puede preguntar si no es exacta. Todo consistiría en saber si esta «Argelia independiente» significa la Argelia aliada de la cual habla el Presidente, o la Argelia del F.L.N., que para Bidault (y para muchos otros) constituye la desembocadura fatal de la política actual. De todos modos, el general De Gaulle quería reforzar su prestigio algo disminuído por los acontecimientos de Argelia, bañándose en las aguas puras del sufragio universal.

La operación no ofrecía grandes peligros. Escogiendo el momento, planteando el problema de tal manera que para el elector medio votar «sí» fuese pronunciarse por la paz, y «no» por la continuación de la guerra; poniendo al servicio de su causa la enorme máquina de la propaganda del Estado y, en fin, limitando la propaganda de algunos de sus adversarios y rehusando el acceso a otros (se observa, por ejemplo, que los comunistas fueron mejor tratados que el cismático Soustelle), el Gobierno pesó con todas sus fuerzas sobre la opinión a fin de dirigirla en la buena vía. Una vez más surgió en el espíritu el paralelo entre la democracia plebiscitaria del general De Gaulle y la de Napoleón III. Y como Napoleón III había obtenido siempre plebiscitos triunfantes (comprendido el 8 de mayo de 1870, cuatro meses antes de su caída, en el cual obtuvo 7.350.142 «sí» contra 1.538.825 «no»), el general consiguió una indiscutible victoria: sobre 32.520.233 electores inscritos, 17.447.669 votaron por el Gobierno, 5.817.775 en contra, mientras que poco más de ocho millones y medio renunciaron a dar su opinión.

Los partidos se habían dividido respecto al voto a emitir. Los gaullistas incondicionales de la U.N.R. habían tomado, evidentemente, partido por su jefe. Pero los dirigentes de la izquierda moderada habían aportado su adhesión no al mismo general, sino a su política, que era la que ellos habían deseado practicar, pero sin osar hacerlo por temor a las responsabilidades. La democracia cristiana de Maurice Simonet y la S. F. I. O. de Guy Mollet

habían hecho votar «sí» en sus feudos de Lorena, Bretaña, Alsacia y el Norte. Los partidos que se habían pronunciado por el «no» lo hacían por causas diversas. Los comunistas, los progresistas, los socialistas disidentes y los últimos fieles de Mendès-France, lo hacían porque los métodos del general De Gaulle les parecían de dilación y llenos de reticencias. Para ellos, votar «no» equivalía a exigir negociaciones inmediatas con el F. L. N. (y a significar por la misma ocasión su despido al general De Gaulle). La otra ala de los adversarios de éste estaba constituida por los partidarios de Argelia francesa, y desde los de la derecha heterogénea, constituida por el ex degaullista Soustelle, el demócrata-cristiano Bidault y el independiente Duchet, hasta el mariscal Juin, el general Salan y los generales retirados. Esta conjunción de los extremos no dió más que el 25 por 100 de los votos; no triunfó más que en los feudos comunistas de los arrabales parisienses y en Argelia. Los electores de derecha, descontentos del general De Gaulle, parecen haber tomado el partido de abstenerse; porque ellos no estaban ni por el abandono de Argelia ni por la continuación de la guerra. Probablemente también porque, como burgueses impenitentes, temían que la retirada del Presidente trajese el desorden en Francia y una crisis económica y financiera. Uno de los rasgos del referéndum fué el aumento de esots abstencionistas, que desaprobando al Gobierno se resignan a dejar hacer el mal, por escepticismo o por desaliento.

El otro rasgo (y es el más grave para el porvenir) es la oposición flagrante que existe entre la metrópoli y Argelia. La metrópoli ha dado carta blanca al general De Gaulle para restablecer la paz en Argelia; sea construyendo su Argelia argelina, sea negociando con el F. L. N. La metrópoli está cansada de la guerra argelina, que le cuesta millones y que pide cada año como tributo la vida de algunos millares de franceses. Se sabe que las estadísticas demuestran que mueren más franceses en accidentes de auto que jóvenes soldados en el contingente de Argelia. Pero las familias de estas víctimas no lloran menos a sus muertos, y las de los muchachos en armas o próximos a partir no temen menos que sus hijos tengan ese trágico destino. Por eso los franceses han votado por la paz o por lo que creen ser la paz.

Esto es lógico. Los Gobiernos que conocen el estado de espíritu de sus administrados se guardan bien de interrogar a los pueblos cuando están en guerra. En 1917, cuando algunas divisiones francesas se amotinaban sobre el frente y pedían la paz, los hombres de la III República no proponían referéndum. Enviaban contra ellos divisiones fieles, castigaban a los rebeldes

y llevaban al Gobierno al duro Clemenceau para hacer la guerra (nada más que la guerra) y perseguir a los derrotistas.

Esto era un poco lo que esperaban de De Gaulle los vencedores efímeros de las jornadas de 1958, y lo que el general De Gaulle no hizo. Es dudoso que su Gobierno hubiese querido hacer la guerra a lo Clemenceau, pues la mitad de la Prensa francesa, desde el «Monde» a la «Humanité», los intelectuales de izquierda, como Sartre y Jeanson, y los profesores, sometieron el país a una campaña a veces insidiosa, a veces virulenta, para la paz a toda costa. Pero el Gobierno les perseguía a medias, pronunciando penas de prisión o de multas y dándoles la aureola del martirio al mismo tiempo que les dejaba alardear. Ultimamente disolvió las organizaciones para Argelia francesa, al mismo tiempo que respetaba al partido comunista, al cual incluso ofrecía hablar contra él en la radio del Estado. ¿Cómo no haría pensar esta blandura en un cálculo por su parte? El Estado francés no veía con malos ojos una propaganda que tendía a crear en el país un espíritu de resignación a los inevitables. Así dejaba hacer. Y llegaba a sus fines..

El F. L. N. y el porvenir.

Queda Argelia. En 1871, cuando los franceses eligieron la Asamblea Nacional que debía tomar acta de la derrota, Argelia se pronunció por la guerra, mientras que la mayoría de Francia elegía a los candidatos partidarios de la paz. En 1961, la mayoría de los franceses de Argelia votó en masa «no». En todas las grandes ciudades, el Gobierno fué desaprobado. Fueron los musulmanes del «bled» quienes, haciendo, como de costumbre, lo que quería la Administración, permitieron a ésta «salvar el rostro». Pero frente a los 1.749.000 «sí» y a los 767.546 «no», se encuentra una impresionante masa de abstencionistas (más del 41 por 100). Ahora bien, el F. L. N. había prescrito no votar. Su consigna era difícil de aplicar en el campo, donde el sistema de los camiones militares ha hecho maravillas.. Pero en las ciudades, donde es menos fácil el control de las masas, esta consigna ha obtenido buenos resultados. Evidentemente, no se puede decir cuál fué la proporción de los abstencionistas por convicción y la de los indiferentes. Pero el hecho seguro es que entre los abstencionistas sospechosos de fidelidad al F. L. N. y los partidarios del «no», la política del general De Gaulle ha sido puesta en minoría. Y el hecho es más grave si se piensa en lo que representan los «sí» de la campaña argelina...

Pero es en Argelia donde se juegan la paz y la guerra. La paz no depen-

de de los deseos de los metropolitanos. Depende de los insurrectos argelinos. ¿Aceptarían éstos el transigir, o alentados por la actitud de la metrópoli continuarán la lucha hasta la victoria? Todo el problema consiste en esto. Los nacionalistas argelinos saben que han ganado a fuerza de sacrificios, de sangre y de atentados terroristas el derecho a la independencia, y que el Gobierno de De Gaulle lo reconoce demasiado tarde para que pueda pensarse que hace espontáneamente lo que la IV República les rehusaba. Son ellos quienes imponen poco a poco su voluntad a París. ¿Por qué abandonarían sus métodos? Siempre han tenido las ventajas del juego en sus manos. Las escuadras de guerrilleros operan siempre en las montañas, y los terroristas, en las ciudades. Túnez y Maruecos continúan albergando tropas del F. L. N. armadas e instruidas, al menos en la frontera argelino-marroquí. Con esto tienen bastante no para derrotar al Ejército francés, sino para hacer durar indefinidamente la guerra, acentuar el cansancio de la opinión metropolitana y, por fin, crear incidentes capaces de emocionar a la opinión internacional y atraer la intervención de la O. N. U. Sin duda, el general De Gaulle ve mal el aceptar la intervención de los cascos azules, como si Argelia fuese el Congo. Pero si se le condujere no a soportar los interventores electorales de la O. N. U., sino a solicitarlos, él mismo, con el fin de probar su pureza de demócrata, el juego estaría hecho. Porque ese día muchos de los partidarios del «sí» del 8 de enero de 1961 unirían sus voces a las de las gentes del F. L. N., sea por convicción, sea porque la abdicación de Francia haría de los hombres de Ferhat Abbas los futuros dueños de la situación, y ellos se agregarían a los más fuertes.

¿Qué puede hacer el general De Gaulle para abatir esta resistencia? Poca cosa. En otros tiempos una expedición militar—o simplemente su amenaza—hubieran forzado a Burguiba o a Mohammed V a disolver los ejércitos de emigrados. Pero en la era de la O. N. U. tales violencias son inimaginables (a menos que no sean obra de los rusos y de los chinos). Por haber tratado de aplastar a Nasser en ocasión de la nacionalización del canal de Suez, Francia e Inglaterra fueron objeto de la reprobación internacional y de las amenazas conjugadas de la flota americana y el mariscal Bulganin. Este día algunos de los admiradores de Winston Churchill y De Gaulle han comprendido acaso que sus países, bajo la dirección de estos eminentes hombres de Estado, habían perdido la guerra tanto como Alemania, Italia y el Japón. Siendo así las cosas, resultaría inútil para Francia recurrir a las armas. Ferhat Abbas y sus tropas están así en seguridad.

Por falta de poder perseguir a la rebelión en sus reductos, el general

De Gaulle debe, de buen o mal grado, volverse hacia la solución política. Necesita montar lo más pronto posible su Gobierno argelino. Sin embargo (hecho revelador de las dificultades que esperan al general), al día siguiente de su victoria electoral De Gaulle se ha contentado con poner en marcha un tren de reformas descentralizadoras más bien modestas. ¿A qué atribuir esa lentitud, que contrasta con el ritmo precipitado que el jefe del Estado francés imprimió a la organización del referéndum? Hay dos versiones que se cuchichean entre los bastidores de París. La primera es que el general De Gaulle está confundido y perplejo para encontrar personalidades válidas para constituir ese Gobierno argelino amigo con que él soñaba. La caída de Bao Dai, el abandono del Glauí en Marruecos y de Chenik en Túnez, han enseñado a los musulmanes que es peligroso ligarse a Francia. En el mundo musulmán, donde se tiene cierta concepción feudal de las relaciones con el Estado, la indiferencia de los sucesivos Gobiernos franceses hacia sus antiguos aliados ha sido objeto de juicios severos. No son sus fluctuaciones desde dos años las que pueden tranquilizar a las personalidades susceptibles de colaborar con Francia. Entretanto, el F. L. N. anuncia que los musulmanes que acepten entrar en los organismos instalados por De Gaulle, serán considerados como traidores y castigados como tales. De aquí un redoblamiento de la prudencia de los interesados. Este es el mayor escollo con el cual tropieza el general De Gaulle. Es un escollo muy serio. Como el general no quiere constituir a la ligera el equipo con el cual trataría oficialmente, aplaza esta operación decisiva. Aunque expuesto a recibir reproches como los del artículo de Maurice Duverger que en el «Monde» del 13 de enero le invitaba a negociar rápidamente, para no decepcionar a los numerosos electores de izquierda que le dieron sus votos para acabar de una vez.

También circula otra versión que parece más tendenciosa. Atribuye al general la intención de tratar directamente con el F. L. N. en el más corto plazo. En estas condiciones sería inútil instalar un Gobierno cuya existencia complicaría las discusiones con el Gobierno provisional argelino. ¿Es esto exacto? En el momento en que los militares aseguran en Orán que «el general De Gaulle no entregará jamás Argelia al F. L. N.», esto sería un buen maquiavelismo. Pero las gentes de Argelia no conceden más crédito a las seguridades que se les dan que a las intenciones del jefe del Estado francés. El movimiento de evasión de capitales que hace muy aleatorio el éxito del «plan de Constantina»; las liquidaciones de propiedades por parte de los europeos, y el comienzo del éxodo de éstos, unos hacia Francia y otros hacia España, prueban que un buen número de colonos, descorazonados,

no creen ya en las seguridades sobre la protección de sus intereses por Francia en una República argelina. Los más tenaces se aferran a la idea de un reparto del país, reparto en el cual los franceses tendrían las ciudades del litoral y los argelinos el interior. Pero esta solución, que fué intentada y que fracasó bajo Luis Felipe, no sería más pacífica que la de los Estados árabes o Israel. El Sahel o litoral francés no podría vivir más que a la sombra de las espadas francesas. Pero Francia no sueña más que en envainar su espada. Todo viene a parar a este dato.

ANTONIO MASSIA MARTIN.

II
NOTAS

